

Al otro lado del espejo

Tuve que irme a la cama para no flaquear. Recuerdo que recorrí el pasillo hasta mi habitación a oscuras, rastreando con mis dedos el camino de gotelé. No quería ver cómo mi cara, que ardía hasta las orejas, se reflejaba en el espejo del baño, cosa que hago siempre antes de salir de casa para comprobar, una vez más, que el pintalabios rojo está en su sitio.

Aquella noche, con mis labios desnudos y mis pies descalzados pegándose a las baldosas recalentadas, buscaba el refugio de mi habitación aunque sabía que no podría dormir. Intentaría leer, escribir, reordenar el cajón de los calcetines, pero llegarían, como olas de mar a mi conciencia, los ojos que anidan bajo las gafas de mi padre. Y de nada serviría repasar mentalmente los motivos por los que tomé la decisión.

Hacía ya tiempo que me costaba distinguir entre mi padre y el geranio que reposa en el alfeizar de la ventana. Es un geranio con una sola rama de la que alguna vez brota un abundante flor blanca. La rama, igual que el cuello de mi padre, se inclina inevitablemente hacia el sol ladeado que entra por las tardes, inundándolo todo de naranja.

Por las mañanas lo cuida Tori, mi vecina de arriba, a la que pago con dinero y cuidando a su nieta los martes porque es el único rato que se toma libre para ir a unas clases de pintura al óleo. Cuando llego de trabajar, lo levanto de la cama en la que sé que no duerme la siesta y lo acomodo en su butaca del salón. Le pongo sus gafas solo porque me recuerda cuando él me leía en las tardes de domingo mientras esperábamos a que mamá se echase un rato. Siempre el mismo ritual: sacaba sus gafas de la funda y pasaba un paño fino por los cristales después de haberlos rociado con el vaho de su boca. Yo le acercaba

el libro que quería y él lo sostenía un momento en sus rodillas hasta encontrar el hilo rojo que hacía de marcapáginas. Entonces lo abría con cuidado mientras yo me acomodaba en el sofá. Así recorrimos *Veinte mil leguas de viaje submarino*, *La isla del tesoro* y acompañamos a *Oliver Twist*. También me leyó *La metamorfosis*, que era un libro al que mi padre se negaba diciéndome que no lo iba a entender. Hasta que yo me empeñé mucho un día y, desde entonces, se convirtió en nuestro favorito porque cuando salíamos de paseo, después de leer, jugábamos a coleccionar Gregorios Samsa.

Ahora era yo la que leía por las tardes. De vez en cuando me paraba y miraba a través de sus gafas. Me quedaba un buen rato así, en silencio, esperando a que se asomase desde el otro lado del espejo y me lo imaginaba sonriendo mientras atravesaba una tormenta a bordo del *Pequod*. Pero a medida que el sol descendía, sus ojos azules se transformaban en dos pozos negros que nada reflejaban, como aquella noche.

Aquella noche, limpié con cuidado los restos blancuzcos de las comisuras de los labios de mi padre. Me acerqué, le cogí las manos y me asomé a la cuenca de sus ojos.

—¿Papá? —Mi voz retumbó como en el interior de una cueva—. Papá, lo siento mucho.